

ICAI: una aportación nueva hace cien años

Rafael María Sanz de Diego

En este curso se cumplen cien años del nacimiento de una institución con solera: el Instituto Católico de Artes e Industrias (ICAI). Este centro educativo estuvo desde su comienzo muy unido a Razón y Fe. La revista hizo de altavoz suyo ante la sociedad en sus primeros años, incluso antes de que abriera sus aulas. Y sus redactores vivieron mayoritariamente en el edificio que albergaba al ICAI hasta 1928.

Hoy la revista se hace eco de esta obra por su importancia dentro de la historia de las aportaciones católicas a la enseñanza en España.

ICAI nace tras una donación de la Marquesa de Vallejo, que entregó a los jesuitas dos millones de pesetas destinados a una obra para «moralizar a los obreros y a los hijos de éstos». Los jesuitas propusieron lo que sabían hacer: enseñar. Pero añadieron a la Escuela obrera un Colegio de bachillerato, distinto del que ya tenían en Chamartín: era un externado y sus planes de estudio eran libres para poder ajustarse a la *Ratio Studiorum*.

Novedad y respuesta fecundas

El centro educativo nacido en 1908 era nuevo por muchos conceptos. Albergaba dos Escuelas para obreros: una, gratuita y nocturna para aprendices, y otra, diurna y de pago, que formaba peritos mecánico–electricistas. Ambas duraban cuatro años. Al añadirse, en

1909, el Colegio de Areneros resultaba una obra nueva en varios aspectos: unía en un centro a dos clases opuestas y desconocidas entre sí, con posibilidad de trasvase entre secciones. Apostaba por la enseñanza libre, al margen de los Planes oficiales. La enseñanza era práctica: para eso se compró el solar que albergaría el edificio de talleres. Era asimismo profesionalmente exigente y declaradamente religiosa: junto a lo académico, funcionaban Congregaciones Marianas y el Patronato Obrero.

Respondía también a las necesidades de comienzos de siglo: cuando se discutía la presencia de la Iglesia en la sociedad —en 1909 estalla la Semana Trágica en Barcelona y en 1910 se aprueba la Ley del Candado que pretende frenar a las Órdenes religiosas— los jesuitas presentaban una oferta que respondía novedosamente a necesidades sociales y educativas.

Estaba acreditada la experiencia educativa jesuítica en segunda enseñanza, pero era un campo desconocido para ellos el mundo de la técnica. Precisamente en las páginas de *Razón y Fe* el P. Narciso Noguera explicaba las razones de esta novedad¹:

«La realidad indeclinable de nuestros días y de nuestra civilización positivista es que para las naciones es cuestión de vida ó muerte desenvolver la industria y el comercio (...). Brille

cuanto quiera una nación con los resplandores del ideal artístico ó literario, gloriése de la agudeza de ingenio de sus moradores y de la cortesanía del trato, si languidecen la industria y el comercio, será víctima de otras naciones, menos elegantes, pero más fuertes; menos pobladas de artistas ó literatos, pero más repletas de mecánicos, de electricistas, de químicos, de ingenieros... Échese una ojeada á las que en nuestra edad ejercen la hegemonía y a las que aspiran á obtenerla, y se verá esta verdad comprobada por la experiencia.

Hay más: donde ni la agricultura, ni la industria, ni el comercio son estimados, una turba inmensa se abalanza á las carreras literarias, afanosa de un título que no representa muchas veces más que un certificado de miseria, de la cual procura librarse empleándose en los oficios más abatidos ó vendiendo quizá la pluma y la conciencia á una prensa infame, ó engolfándose en el turbulento mar de la política para fluctuar en la nave del Estado, cabe la mesa del presupuesto. Abogados sin pleitos, médicos sin clientela, literatos sin lectores..., ¿qué demencia trastornó la mente de tantos que, pudiendo ser útiles á la patria y conquistarse holgada posición en los talleres ó en las oficinas, corrieron desalados en pos de un diploma estéril?

En tercer lugar, las minas, las fábricas, los talleres son hoy el palenque de la lucha social. ¿Qué se hace para meter en ellos la paz, esa paz que sólo puede

¹ «Instituciones sociales españolas (artículo 2.º)», *Razón y Fe*, 31 (1911) 50-51.

traer la religión verdadera de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué se hace para ganar á la causa de Dios á los hombres, no sólo á los obreros, sino también á los contraмаestres, jefes y directores? Porque sin duda es digno de lo extremar los recursos del cielo para atraer á los jornaleros; pero ¿no sería quizá más fácil la conquista, si á la vez lográsemos ganar á los que se hallan á su frente y por su posición, su cargo, su ascendiente, tienen sobre los obreros indiscutible influencia? ¿No haríamos más fácilmente cristiano el taller si consiguiésemos que sus directores y regentes mirasen al obrero como hermano, le hiciesen toda justicia, se desvelasen por su bien y acudiesen con él en lazada suavísima de caridad al Sacramento del Amor?

Pues he aquí, si no nos engañamos, toda la filosofía trascendental del *Instituto Católico de Artes é Industrias*. Mas se ha de advertir que si es una institución industrial, técnica, práctica, también en la realidad y en el positivismo de la industria hace penetrar el ideal de una formación literaria acomodada á mecánicos y electricistas, y más que todo señorea ese positivismo y esa realidad con el ideal supremo de la religión, con una sólida formación religiosa, no sólo teórica, sino práctica además; porque esta formación es el alma del Instituto y la que ha de dar principalmente los frutos de pacificación social y elevación moral que se pretenden».

El progreso de la nación, el bien de los estudiantes y la presencia eclesial en el conflictivo campo social movie-

ron a los jesuitas madrileños a adentrarse en un terrero desconocido. La Iglesia y la Compañía de Jesús españolas tenían vigor y creatividad para regenerar España, superando el derrotismo creado tras el 98.

Estuvieron además unidas a la obra educativa, aunque eran independientes de ella, dos entidades más: la revista *Razón y Fe* y la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas, creada por el P. Ángel Ayala en 1909 y presidida por don Ángel Herrera Oria. El centro educativo se enriquecía con dos entidades que respondían a dos necesidades más de la España de comienzos del XX: lo cultural y la presencia apostólica del seglar. Por dos caminos se hacía presente la Iglesia en la sociedad española: por medio de la revista y por una actuación de católicos fuera de las sacristías. Fueron dos aportaciones novedosas de calidad que perduran en el tiempo y han dado pie a iniciativas muy positivas.

Éxitos y también fracasos, que se convierten en éxitos

En esta historia centenaria hay necesariamente luces y sombras. No es ahora el momento de detenerse en ellas². Quiero solamente recoger algunos hechos más excepcionales.

² Se está preparando una historia del ICAI con motivo del centenario. Los cinco primeros años han aparecido ya en la Lección

El primero fue un golpe fuerte a una obra recién comenzada. En 1911, dos de sus pilares iniciales, los jesuitas. Ángel Ayala, Rector, y Manuel Abreu, fundador del Patronato, tuvieron que

*durante la República
las tres obras educativas del
ICAI siguieron un destino
distinto: el Colegio se trasladó
a un edificio en el Paseo de
Rosales, donde los profesores
continuaron su docencia;
en Lieja se reunieron
prácticamente todos los
alumnos de la Escuela de
Ingenieros; el único centro
que interrumpió sus
enseñanzas fue la Escuela
de Aprendices*

dejar Madrid por presiones del obispo de Madrid y del propio rey Alfonso XIII. Acusaron a Abreu de integrista y a Ayala de querer formar un partido político. Ambas acusaciones eran infundadas, pero lograron su objetivo.

La Escuela de obreros se desarrolló y dio paso a una Escuela Superior de Ingenieros Electromecánicos en 1912.

inaugural del presente curso en la Universidad Pontificia Comillas: *Cimientos sólidos. Los primeros años del ICAI en su centenario.*

El P. Pérez del Pulgar lo explicaba: los obreros dispondrían de mejores profesores y máquinas si, junto a su escuela, existía una superior. Y era bueno que conviviesen obreros e ingenieros que luego se encontrarían en el trabajo. La idea se había acariciado ya en 1908, pero se realizó después.

Seis años más tarde empezó por otro camino una Universidad Católica. La gripe de 1918 se llevó al promotor de la idea, P. D'Arcy y ésta se arrinconó por entonces. Tendrían que pasar cuarenta años para que los estudios de ICADE acompañasen universitariamente al ICAI. Y otros veinte más para que éste se integrara en Comillas.

La novedad y el rigor de los estudios técnicos se fueron conociendo. Llamaron la atención en el *Congreso para el Adelantamiento de las Ciencias* (1913), con ocasión de la visita de Einstein a España (1918), en el *I Congreso Nacional de Ingeniería* (1920), en la *Exposición Nacional de Maquinaria* (1925) y en la celebración de *los XXV años de la Sociedad Española de Física* (1928). En todos estos eventos científico-técnicos destacó el ICAI. También se hicieron más complejos y adaptados a las necesidades de la industria española los Planes de estudio de los aprendices.

Indicio de la aceptación social de la Escuela fueron las visitas reales y de personalidades gubernamentales. Culminó estas muestras de aprecio la concesión (1929) de la Medalla de Oro del Trabajo al P. Pérez del Pulgar, a petición de 6.000 alumnos, práctica-

mente todos los que lo habían sido suyos.

Dos años más tarde cambiaron los vientos. Menos de un mes tras la proclamación de la II República, el 11 de mayo de 1931, fue incendiado el edificio, dentro de la triste jornada conocida como «quema de conventos», ante la pasividad gubernamental. En los días siguientes los jesuitas pudieron volver a casa y comprobar desolados las pérdidas. Se habilitaron algunas aulas para finalizar precariamente el curso y efectuar los exámenes y se dedicó la pausa de las vacaciones para intentar soluciones, cara al curso siguiente. Pero, entre tanto, nuevos nubarrones se cernían sobre la obra, una vez disipados los del incendio.

Al año siguiente el gobierno aplicó un artículo de la Constitución que anunciaba la disolución de las Órdenes religiosas que, además de los votos canónicos, profesasen otro de obediencia a una autoridad distinta de la del Estado, aludiendo claramente al Papa. La norma chocaba directamente con varios artículos constitucionales: el derecho a la libertad de conciencia (art. 27), a elegir libremente la propia profesión (art. 33), a la libertad de asociación (art. 39). El artículo 28 señalaba que sólo se podrían castigar hechos declarados punibles antes de su perpetración. ¿Era el cuarto voto un delito? ¿Podía castigarlo el Estado? Todavía más: el artículo 44 afirmaba que «en ningún caso se impondrá la pena de confiscación

de bienes, como se hacía con los jesuitas. Con toda razón sentenciaba Manuel Carrasco Formiguera, diputado catalán: «La Ley contra los jesuitas manifestó pura, simple y perfectamente, el concepto fascista del Estado» por parte de una autoridad que se proclamaba democrática.

Pese a ello, en enero 1932 el gobierno disolvió a la Compañía de Jesús en España y se apropió de sus edificios. Las tres obras educativas del ICAI siguieron un destino distinto: el Colegio se trasladó a un edificio en el Paseo de Rosales, donde los profesores continuaron su docencia. Lo razonable era suprimir la Escuela de Ingenieros: era imposible trasladar talleres y laboratorios. La presión de los alumnos y sus padres movió a buscar una forma de continuar fuera de España. Con sorpresa se descubrió que en varios países europeos se aceptaba a los profesores y alumnos del ICAI en las mismas condiciones que tenían en Madrid: era muy grande su prestigio internacional.

Entre varias ofertas se eligió el Instituto Gramme, en Bélgica, país católico, de desarrollo industrial semejante al español y lugar cercano a los centros industriales europeos. En Lieja se reunieron, al comenzar noviembre de 1932 prácticamente todos los alumnos de la Escuela de Ingenieros. Los dos cursos de Preparatorio (que no necesitaban Talleres y Laboratorios) quedaron en Madrid. El único centro que interrumpió sus enseñanzas fue la escuela de aprendices: éstos no po-

dían trasladarse. Así los trató la que se proclamaba República de trabajadores de todas clases.

La Guerra Civil interrumpió obviamente la docencia. Pero en octubre de 1939 se reanudaron en su antigua sede las clases de los tres centros: colegio, ingenieros y obreros. No se trataba sólo de comenzar un curso nuevo. Había que reconstruir materialmente el edificio (que debieron abandonar los jesuitas en 1932 y estaba dañado por la guerra), recuperar y reconstruir laboratorios y talleres y colaborar a la reconstrucción intelectual y espiritual de España.

Los centros educativos cuyas clases se reanudaron en 1939 continuaron su andadura hasta 1960. El auge del Colegio de bachillerato («Areneros») y la atención a corrientes pedagógicas modernas aconsejaron su traslado a Chamartín de la Rosa, donde podía disponerse de más espacios para laboratorios, deportes... El traslado del Colegio culminó en 1960. En la misma fecha ocuparon el espacio que dejaba libre Areneros varios centros universitarios (que complementaban a la Escuela de Ingeniería y prefiguraban lo que con el tiempo será una Universidad): los estudios de ICADE, el Grupo Premilitar, heredero de una Academia que compartió aulas con los demás centros desde 1913, y la Facultad de Derecho Canónico de Comillas, la primera que se trasladaba a Madrid desde Cantabria. Aun sin llegar a ser oficialmente Universidad, de hecho los estudios del viejo caserón de Al-

berto Aguilera lo fueron ya de hecho. La ratificación oficial vendrá años más tarde, al integrarse estos estudios superiores en Comillas.

Entre tanto, los ingenieros de ICAI obtuvieron el reconocimiento oficial de sus estudios en 1950, aunque las presiones de la Universidad estatal y de los Colegios Profesionales de Ingenieros impidieron su vigencia, que llegó con la Ley de Enseñanzas Técnicas (1957). El reconocimiento de los estudios nocturnos vino dos años más tarde, y el de los estudios de grado medio en 1966.

ICADE (Instituto Católico de Administración y Dirección de Empresas) era inicialmente un seminario vespertino para postgraduados. Pretendía formar empresarios en años en los que los jesuitas españoles iban abriendo, sobre el modelo de Deusto y en previsión del desarrollo que los más clarividentes sabían que llegaría a España, Escuelas de Negocios en varias ciudades españolas: Barcelona, San Sebastián, Córdoba, Alicante... En Alberto Aguilera, junto a la carrera universitaria sin paralelo en la universidad civil, se ofrecieron estudios vespertinos, orientados a quienes por necesidad de trabajar no habían podido estudiar. Como ICAI, también ICADE tuvo desde el comienzo una doble línea, universitaria y de atención social.

Durante los años sesenta, la Universidad Pontificia Comillas se había trasladado totalmente a Madrid, siguien-

do indicaciones vaticanas, que pretendían que su Biblioteca y Claustros no quedasen arrinconados en un paraje bellissimo, pero inadecuado para quienes no podían dedicarse sólo a estudiar. Así, los jesuitas dirigían en la Villa y Corte dos instituciones universitarias independientes y complementarias. Comillas tenía prestigio en las ciencias sagradas, se limitaba a la formación sacerdotal y tenía rango de Universidad. ICAI-ICADE no tenía este reconocimiento oficial, pero se había ganado un nombre en la formación de ingenieros, abogados y empresarios, y en la promoción de mandos intermedios en estos ámbitos. Era razonable y ventajoso unir ambas instituciones, de historia y características distintas, pero de orientación semejante y configuración complementaria. La unión se realizó en 1978. Desde entonces, ICAI-ICADE forman parte de Comillas, que ha visto aumentar así sus alumnos, sus centros y sus horizontes.

Novedades exigidas por la sociedad

ICAI, integrado en Comillas, continuó manteniendo sus características y gozando, por su buen hacer, del aprecio de la sociedad y del reconocimiento de la industria y del mundo universitario técnico. Como el resto de los centros de Comillas ha ido adaptándose a lo que demanda la sociedad. Se han renovado los Planes de Estudio, se han ido creando *Insti-*

tutos (Investigación Tecnológica, 1984), *Cátedras* (Rafael Mariño, Nuevas Tecnologías Energéticas; Ciencia, Tecnología y Religión, ambas 2006) y *titulaciones*: además de Ingeniería Industrial han ido surgiendo Informática, Organización Industrial, Automática y Electrónica Industrial, además de varias Ingenierías Técnicas.

Capítulo aparte son los postgrados, los Máster. En 2005 salió de la Escuela la primera promoción del Máster en el sector eléctrico y al año siguiente de otro Máster en Sistemas ferroviarios. En 2005-2006 comienza a impartirse un Máster Universitario en el Sector Eléctrico, que forma parte del Máster Internacional en Economía y Gestión de Industrias de Red (EMIN) que coordina Comillas, en el que participan universidades extranjeras. Con este espíritu de apertura internacional desde hace cuatro años algunas asignaturas se explican en inglés. En este 2008 ha terminado sus estudios la 1.ª Promoción del Máster Universitario en Tecnología Eléctrica Endesa-ICAI. Simultáneamente ha comenzado el proceso de adaptación de sus titulaciones a las directrices del Espacio Europeo de Educación Superior (Bolonia).

Las constantes de cien años

Lo que comenzó hace cien años en Alberto Aguilera era una obra nueva dentro de lo que se había hecho hasta entonces en la Iglesia y en la sociedad

españolas. Desde 1908 cinco constantes han presidido su historia:

Una presencia permanente y tenaz en el mundo de la enseñanza. La Compañía de Jesús, inicialmente no dedicada a la enseñanza, ya desde tiempo de San Ignacio la tomó como objetivo propio. Por eso los jesuitas de Madrid respondieron a la propuesta de la Marquesa enseñando, aunque adentrándose en un campo para ellos nuevo: la técnica. Así se han mantenido pese a dificultades de muy variado tipo, económicas, la disolución de la Compañía de Jesús en España y el destierro, los escasos apoyos oficiales y la competencia con otras universidades.

Apuesta por una enseñanza libre, para servir mejor a la sociedad. El mundo cambia y la enseñanza debe preparar para él. ICAI apostó desde el principio por una enseñanza libre. No siguió los Planes oficiales ni en las Escuelas, ni en el Colegio. Cuando el Estado, para evitar el intrusismo profesional, exigió un título oficial, el Centro se adaptó. Pero el mismo Estado es consciente ahora de que es preciso un margen de libertad en los Programas, dándonos así la razón.

Fe en la enseñanza integral y, por ello, cristiana: Se declara paladinamente desde el comienzo. La «C» de ICAI (y de ICADE) lo confirma. No es que todos cuantos participamos en el quehacer universitario seamos ca-

tólicos practicantes. Creemos en la libertad y esto debe ser fruto de una decisión libre. Pero el sustrato de nuestro quehacer es cristiano. Hay ofertas específicas para nuestros alumnos, académicas (Introducción al Hecho Religioso, Pensamiento Social Cristiano, Éticas profesionales) y pastorales. Nuestro ideal es el evangelio y la persona de Jesús. Y nuestro *humus* es la Iglesia.

Clara y decidida preocupación social. El origen de ICAI fue la promoción integral de los obreros. Se potenció el mutuo conocimiento entre clases que se desconocían y enfrentaban y se possibilitó el trasvase académico si era posible. Formulamos hoy nuestra meta, con frase del P. Arrupe, en que nuestros alumnos unan a su fe la promoción de la justicia, sean hombres para los demás y agentes de cambio.

Nuestro ideal es la enseñanza personalizada. No sólo porque el espacio físico y el mercado laboral pongan limitaciones al número de alumnos. Además la formación es mejor si no se masifica. Sin duda un mayor número de alumnos mejoraría nuestra situación económica. Pero preferimos un número menor para poder llegar personalmente a todos.

Razón y Fe, siguiendo su tradición, recuerda a un centro que, desde perspectiva católica, ha servido a la sociedad española durante cien años. ■